Paloma del Sol

PASOS DESCONOCIDOS

3ª Edición

Letras de Autor

© Paloma del Sol
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Diseño de portada: Enrique Pérez
Fotografías de los periodistas: Jimmy Garrido y Karlos Corbella

Primera edición: Septiembre 2012
Segunda edición: Septiembre 2014
Tercera edición: Octubre 2017

ISBN: 978-84-17101-03-9
Depósito Legal: M-27029-2014
P.V.P.: 15 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Le doy gracias a Dios
por todo lo que me enseña y me da.

Gracias a todos aquellos
que me han apoyado y seguido
en mi trayectoria artística;
en la música, literatura y pintura.
Os dedico este trabajo de todo corazón.

Agradezco también la confianza,
entrega y apoyo de LetrasdeAutor,
ya que ha hecho posible la edición
de mi tercera obra
que hoy comparto con ustedes.

A mi padre DAMIÁN
y a mi madre INÉS

En un continente lejano llamado África donde la noche se convierte en música y las gotas de lluvia en notas musicales, la libertad y el tiempo es lo más apreciable y en especial para los niños donde son alegres, y juegan al aire libre algunos descalzos disfrutando de la ternura da la tierra y otros con zapatos danzando bajo la lluvia transparente sintiendo sus gotas mojando sus caras risueñas llenas de luz, de fuerza y magia angelical amor y alegría. Cuando oscurecía los abuelos acostumbraban a sentarse alrededor del fuego a contar a sus nietos fabulas y relatos ancestrales, de seres fantásticos, sobre los animales del bosque, el alma del fuego, sobre los árboles y los espíritus del bosque. Sobre las Adas y diosas de los ríos. Así los niños aprendían y a su vez descubren que toda cosa y ser viviente de la tierra tiene un Alma, Que sus abuelos ellos también en su momento aprendieron de sus mayores. Cada día tocaba una fábula y un cuento diferente, la tranquilidad de la noche y el cielo estrellado cayendo su luz sobre las chozas y las piedras siempre favorecía los encuentros, que ningún niño se perdía. Los cuentos y las fabulas era la manera que utilizaban los abuelos para educar y enseñar valores propios de cada cultura a sus nietos, y a todos aquellos niños que

se acercaban para escucharlos, de esa manera los abuelos se daban cuenta de cómo sus nietos prestaban atención, teniendo que adivinar el significado y la moraleja de cada historia. Y así sin más dio comienzo el cuento de esa noche acompañados de las estrellas del cielo que siempre son testigos de todos los actos en África y la madre luna iluminándolos con una sonrisa mientras el humo de la pipa del abuelo se mezclaba con la oscuridad de la noche. Al acostarse deseaban que amaneciese lo más pronto posible y cuando ocurría los niños se levantaban con la luz del alba más felices.

Llevo mucho tiempo viajando por el mundo, a veces con equipaje y otras sin él. Paseando entre gente que creo conocer y desconocidos. Los hay que se presentan como vencedores cuando ni siquiera saben lo que es ser un vencedor. Sin saber que para ser un vencedor hay que poder llegar y superar las pruebas más fuertes que el resto del mundo nos pone. Y saber lo que es la ley de la gravedad. Una ley que ninguno de nosotros elige libremente mientras realiza su viaje. Con o sin equipaje.

Pero si conviertes tu vida en un simple coche que solo necesita combustible para poder caminar, claro que se notará que tienes requisitos, pero eso no te deja ser independiente, ya que sigues necesitando de otros tipos de fondos para poder avanzar.

Para ser un gran vencedor se necesita vivir muchas décadas, y haber superado muchas batallas para poder decirlo. Y no se puede negar que es necesaria una gran suma de requisitos que nos harán sobrevivir… Pero ¿podemos sobrevivir de las desgracias de la naturaleza? ¿Y de las traiciones que los demás nos hacen vivir? Como tengo entendido «perdonamos pero no olvidamos», ya que el cerebro lo deja todo guardado en uno de sus archivos.

Cuando conoces o te enamoras de alguien no sabes si es tu alma gemela, o como se suele decir «tu príncipe azul», o simplemente es la soledad la que te envuelve y te hace sentir sola o vulnerable. Pero a lo largo de los años nuestras experiencias nos van enseñando y haciendo con claridad lo que vamos a ser, y quizás podamos echar raíces estemos donde estemos y alcanzar nuestros objetivos.

Cuando yo era pequeña me sentaba sobre la acera y era capaz de sentir las vibraciones que producía la tierra. Y cuando mi madre me llevaba al río me quedaba mirando el agua. En ella veía destellos que me hacían viajar a otros mundos diferentes, extraños y preciosos donde el espacio y la hora giraban a mi alrededor, nada se interponía en mi camino. Reservaba mis fuerzas, que me daban un estado de libertad donde comenzaba y realizaba mis propias aventuras que nunca tenían fin. Había días que me encontraba subiendo grandes montañas verdes, pasando por un camino rocoso, salvaje, áspero y envuelto por un enorme bosque que me hacía recordar la selva africana, donde veía volar a los pájaros cantando sus hermosas canciones, las cuales no entendía, pero eran agradables para el oído.

Cuando me sentía cansada me sentaba sobre un tronco, y cerca de él dejaba reposar mi cuaderno de apuntes, y conmigo venía mi gran amigo que también presenciaba mis grandes aventuras: mi libro de viaje. Un libro de cuentos titulado *Cuentos africanos*. Con él dialogaba de vez en cuando por abrirlo durante mi viaje, para reunir fuerzas y ser valiente como el personaje del cuento El destino de Rubí, quería llegar sobre la montaña y ver desde arriba el camino realizado dejando plantada una raíz de esperanza, profundizando en una existencia llena de

aventuras y de diversos colores, llenando mi cuerpo de un aire puro, limpio.

Ese era mi universo infinito donde yo podía pintar la noche y el día como se me antojara. Donde yo podía gritar, cantar, bostezar cuantas veces quisiera y solo me escucharían las almas de las montañas.

En mi viaje era como una especie de vagabundo que nunca se cansa, el tiempo era mi aliado, al trasladarme en estado pleno de libertad consentida. No tenía ganas de alejarme de esos momentos aunque fuesen fugaces por tener vida interior y realizada. En otros momentos regreso a mi casa por un sendero liso lleno de muchas flores y de grandes olores relajantes, el camino seguía envolviéndome a la selva tropical por todos los reportajes que he visto en televisión. Recuerdo que siempre me dejo llevar y absorbo esos olores que califico como curativos del alma libre.

El agua del río no sé si era inocente de los grandes viajes que me hacía realizar cuando me introducía en los destellos que producían sus aguas. Tal vez era imprudente y malsano dejarse llevar en sus profundidades y respirar otro tipo de aires. Pero te cuento: debajo del agua había luz y un enorme paisaje que se formaba como un lago. El agua era cristalina, en él había diversos tipos de peces que danzaban al compás de las aguas, apareciendo y desapareciendo, dejando tras ellos una espuma de diversos colores que me tentaban en zambullirme hasta lo más profundo de sus aguas cristalinas.

Aunque parezca extraño siempre evitaba hacer ruido mientras abrazaba el paraíso de las profundidades del río, para así no interrumpir la armonía que les vestía, ya que yo me sentía plena de felicidad.

¡Qué placer de la vida que me llevase mi madre a ese río! Podía decir que aquellas horas se convirtieron en sagradas, por todo lo que sentía, percibía y vivía.

Mi madre era feliz por verme a mí que lo era, pero después de un rato observándome decía:

—Nerea, hija, recuerda siempre que el hombre despierto es mejor que el que sueña. Con el tiempo irá desapareciendo ese mundo maravilloso de ensueño. Claro que yo era muy joven y no lo entendí.

Pero sí; mi madre tenía razón. Con el tiempo se me fue al descubrir lo que era la verdadera vida. Veía los enredos en los que nos metemos los seres humanos. Y en los juicios estéticos de la razón que adoptábamos como juicio normal. Los tiempos muertos que dejamos pasar por nuestras vidas siendo aguafiestas.

Con todo lo dicho describí la vida como un campo de circo con material suficiente para que cada uno monte su propio drama.

Nosotros no es que fuéramos ni ricos ni pobres, pero mis padres se encargaron de tener una posición social no demasiado alta ni tampoco baja. Eso me facilitó a mí poder tener una vida buena y cómoda. Nos gustaba viajar y a mí me encantaba. Decía mi preciosa y encantadora madre que era bueno cambiar de aires. Que en los viajes conoces a gente interesante, aunque los haya también repetitivos y aburridos. Y eso hace que se mezclen las culturas, las razas, y dependiendo de de dónde es uno y de su nivel cultural se deja influenciar por unas cosas u otras, ya que todo es como un movimiento que se realiza en círculo y siempre, o casi siempre, vuelve a su mismo punto de partida. Y dice que hay gente conservadora y la hay que

no lo es. Y me decía dentro de mí —Supongo que toda formación y origen puede ser sagrado o superior, pero... bueno, ella. —Seguía hablándome —Nosotras al vivir en una gran ciudad debemos cuidar y administrar bien el tiempo y el espacio que tenemos haciéndolo sutil, ya que nuestro pensamiento forma parte de nuestro carácter.

Yo seguía callada escuchando, pero por un momento me desvinculé de las clases de formación que me daba mi madre, y recordaba todo lo que vivía en el río y me preguntaba si eso me hacía ser mejor persona.

Pero mi madre, cuando me daba sus lecciones, se emocionaba y me decía:

—¡Mira, mira!, el tiempo cada día se convierte en algo precioso pero… ¿A qué lo dedicamos? Trabajar, comer y dormir. Pero tú eres más joven, espero que hagas más cosas.

—Claro, mamá, eso espero yo también. Si el viento sopla a mi favor ten por seguro que aprovecharé cada minuto de mi vida.

Seguro que te estás preguntando por qué hablo solo de mi madre.

Mi madre y yo vivimos juntas y solas. Mi padre se enamoró de su secretaria, algo típico entre los hombres que tienen empresas y dinero. Empiezan con una ligera sonrisa, alabando el trabajo de la secretaria y las muchachas caen a sus pies. Después sigue una ligera transformación: las chicas hablan con sus amigas y estas les aconsejan, que si debes cambiarte de vestimenta, ponte algo un poco más provocativo… Pero las secretarias suelen aparentar y tener una imagen algo ingenua, de esa manera no se pue-

de ni llegar a sospechar nada. De ser chicas algo sencillas y aparentemente decentes a llegar a convertirse en chicas provocativas, y hasta *levantarle* el marido a cualquiera.

Pues eso es lo que le pasó a mi madre. Y me pregunto: ¿de quién es la culpa? ¿De mi padre o de la secretaria?

Ese día se desmoronó todo. El enfado de mi madre no cabía en la casa, no dejaba de preguntarle a mi padre en qué le había fallado. Él no le contestaba, recogía su ropa mientras abandonaba nuestro hogar. Ella, indignada, le lanzó su maleta gritando desde lo más profundo de su dolor:

—¡Vete y no regreses jamás!

Yo estaba en mi habitación sin saber qué hacer, solo lloraba. Me preguntaba si era el destino o si simplemente esto era un capricho de mi padre por esa jovencita. Permanecía sentada sobre mi cama cuando de pronto oí como se abría la puerta de mi habitación. Era mi padre. Se sentó junto a mí, me abrazó y me dijo:

—Te quiero, hija. No te olvides de mí, porque yo no lo haré, puedes llamarme cuando quieras.

Me lo dijo con toda la frialdad del mundo y se fue.

Permanecí con la cabeza agachada sentada un momento en el silencio y luego me dirigí a la habitación de mi madre. Las dos nos echamos a llorar.

Pero después le dije a mi madre:

—Déjale, saldremos adelante. Seguro que papá volverá.

Mi madre me abrazó y unos minutos después me pidió que la dejase sola. Miré a mi madre; el dolor había apagado su sonrisa, la impotencia por no poder hacer nada me

invadía. Necesitaba salir de allí porque también me estaba asfixiando, volví a mi cuarto y me puse unas zapatillas.

Ese día corría una ligera brisa pero no me importó. Salí a la calle y caminé durante muchas horas con las lágrimas que resbalaban por mis mejillas.

La misma pregunta resonaba en mi mente todo el tiempo: ¿por qué papá nos ha abandonado? De pronto empezó a llover pero estaba tan profundamente dolida y desorientada que ni siquiera sentía la lluvia. Permanecí caminando bajo el agua durante horas, y un desconocido que pasó por allí me vio temblando, me dejó un impermeable y me dijo:

—Todos los problemas tienen solución, hija mía. Vuelve a casa, esto no te hace bien.

Me sorprendió que me llamase «hija». El tacto de sus manos era suave, su voz pausada y cansada; solo pude verle de perfil. Me tapó y se fue, ni siquiera vi donde le llevaron sus pasos. Pero de camino a casa intenté visualizar la cara del hombre desconocido y me di cuenta de que era la cara de mi abuelo que hacía años que había fallecido. Esa visión me entristeció por no haber podido hablar con él.

Después de este cruel y duro golpe mi madre cambió y me hablaba siempre con un tono muy firme. Se volvió fría, sus ojos perdieron brillo y parecía una mujer distinta a la que me costaba arrancarle una sonrisa. Su rostro permanecía inexpresivo. Durante un tiempo no se arreglaba, cuando regresaba de su trabajo se desvestía y se tumbaba en el sofá quedándose callada. Y yo sin saber ya como animarla también me tumbaba junto a ella y le rozaba los dedos de la mano.

Cantándole una de las canciones que me cantaba ella de niña cuando yo estaba triste. Solo así podía demostrarle mi cariño y lo mucho que la quiero. Al escucharme cantar, ella entonaba también conmigo la canción mientras disimulaba su llanto.

Nos quedábamos durante muchas horas así. A veces se quedaba dormida y yo preparaba la comida y la despertaba ofreciéndole un vaso de vino. Eso le gustaba. Después de la cena nos metíamos en la cama. Durante unos meses dormí con ella. No se sentía bien, no podía dormir y daba muchas vueltas por las noches, y por la mañana tenía dolores de cabeza. Nunca había visto así a mi madre, tan callada y absorta; todo se le hacía cuesta arriba, un periodo que parecía interminable.

Después de unos días mi abuela vino a vernos y habló con mi madre. Era un fin de semana. Cuando bajó del coche llevaba en la mano una maleta, mi abuela venía a pasar unos días con nosotras. Mi madre la abrazó, sosteniéndola muy cerca, y apoyó su cabeza en sus hombros. Mi abuela la rodeó con sus brazos.

Subí la maleta de la tata a la habitación de huéspedes. Cuando bajé al salón mi tata me dio un beso en la frente. Durante el día buscaba cruzar mi mirada con la de ella para poder expresarle lo contenta que estaba por tenerla muy cerca de nosotras en esos momentos difíciles.

Con la presencia de mi abuela recuperé un poco más de fuerzas. Me ayudó a llevar la casa que, sinceramente, ya sentía como una carga extremadamente pesada, y desde su llegada dejé de dormir en la habitación de mi madre.

El día siguiente era sábado y mi abuela se levantó temprano y ordenó a la asistenta comprar algunos ingredientes que faltaban en la casa para la comida. Cocinaba ella todos los días.

El domingo entró en mi cuarto y habló conmigo intentando consolar mi corazón herido.

—Nerea, tienes que ser fuerte y valiente. No acumules rencor ni odies a tu padre por esto. Solo es un malentendido entre dos adultos, seguro que muy pronto tu madre y tu padre arreglaran sus diferencias y todo volverá a ser como antes. Solo hay que darles tiempo.

—Ya lo sé, abuela, pero no lo entiendo.

Su consuelo no logró disipar mi curiosidad por saber por qué mi padre se había marchado así, sin mirar atrás, y ver el daño que causaba. Mi madre sabía que permanentemente el arrepentimiento desbordaría a mi padre y el sentido común le haría recapacitar tarde o temprano, pero su entereza no le permitía recomponer aquello que para ella ya no tenía arreglo.

Las dos formamos un buen equipo, somos ordenadas y trabajadoras.

Ella trabaja en una bufete de abogados, siempre se ha dedicado a luchar por los derechos humanos, aunque en estos momentos que nos toca vivir todo parece perder sentido. Yo estoy estudiando empresariales, saco buenas notas y al menos lo intento.

Pero he de decir que todos mis gastos los afronta mi madre ya que mi padre es un punto suspensivo. Prefiero decirlo de esa manera para no decir algo más fuerte, porque si mi madre me oyera decir palabrotas me diría que

una buena señorita no debe expresarse de esa manera, que me lavará la boca con jabón. Y desde luego, no sabe muy bien el jabón en la boca.

Comprendí que mi madre tenía razón cuando me dijo que con el tiempo desaparecería el mundo maravilloso en el que yo vivía cuando observaba las aguas del río. Menuda vida… ¿Qué es la vida? Un hilo muy fino y frágil envuelto en medias verdades y mentiras.

«En quien confiarás, te engañará» y «a quien amarás, muchas de las veces te traicionará», y viendo cómo es la sociedad en la que vivimos hoy, la persona que hayas dedicado tu tiempo y dado cariño a veces se convierte en tu peor enemigo confabulando contra ti para arrebatarte hasta tu último suspiro.

Una historia envuelta en una triste realidad dado que pasa casi en todos los hogares del mundo. Las pequeñas mentiras llevan a otras más grandes. Una pequeña infidelidad te arrastra después a querer algo más. Ser mentiroso te convierte en tu propio enemigo por creerte tus propias mentiras. Y porque llega el momento en que ya no puedes seguir sosteniendo esa mentira.

No saber nada de mi padre a veces me pone triste. Él tenía un carácter fuerte, nunca le veía reírse conmigo. Siendo yo mayor, solo tenía reproches, discutíamos por tonterías y yo me echaba a llorar por no sentirme a veces querida por él. Pero lo curioso es que cuando yo hacía algo bueno él era el primero en estar contento. De mayor lo achaco a que quizás es su forma de ser conmigo, ya que con los demás es más cariñoso, sonriente y amable. Aun así le quiero y le echo de menos.

Desde luego parece ser que se lo ha tragado la tierra. Mañana es un viernes muy especial. No solo termina la

semana como es rutina, es el último día de clase en la universidad, otro año más. Mis compañeros han organizado una fiesta de fin de curso, pero la verdad, con todo lo que ha pasado entre mis padres pocos son los ánimos que albergo para ir, por no decir ninguno. Mi mejor amiga, Rubí, es increíble; intenta ayudarme, apoyarme y consolarme. Vendrá a casa esta noche para asegurarse de que asista. Los chicos están tan contentos… y yo parezco un transeúnte entre ellos.

El viento silba entre las ramas de los árboles e intento llegar a la acera con destino a mi casa pero me encuentro a mi madre.

—¡Qué sorpresa! ¿Mamá, qué haces aquí?

Al ver a mi madre supe el esfuerzo anímico que significaba para ella haber venido a recogerme.

—Espero no interrumpir vuestros planes.

—¡No, qué dices! Rubí y yo íbamos a tomar un café en el bar. Deberías probarlo, es el mejor capuchino que he probado hasta hoy. No sé si será por el agua, o si son sus espumas que parecen como las nubes, pero la canela sabe… lo mezclan diferente, y con ese sabor no puedo evitar no comerme las galletas con chocolate. ¡Tienes que probarlo, mamá!

—¡Cómo estás, hija! ¡Entonces dejad que os invite! Pero Nerea, si esto te sorprende espera a que te cuente…

Mientras caminábamos hasta el bar solo pensaba en qué podría haber sucedido y qué tenía que contarme mi madre. Dentro de mí tenía unos nervios que no me dejaban tranquila, mi cerebro encendía sus bombillas por la curiosidad que despertó mi madre en mí. Me tenía en

vilo, pendiente de todo lo que decía y la miraba todo el rato, hasta que arrancó diciendo:

—Nerea, ¿qué te parece si te digo que el domingo por la noche nos vamos de viaje?

—¡Qué bueno, mamá! Es el mejor regalo que podías haberme hecho.

—Vamos a hacer por fin ese viaje que llevamos tiempo planeando, nos vamos a tierras cálidas, a Canarias, creo que nos vendrá bien, las dos lo necesitamos.

Abracé muy fuerte a mi madre respirando muy hondo.

La alegría de Rubí por las dos imprimía en sus ojos el cariño que nos tenía.

Ese viaje me sonaba como si me bañase en las aguas de un manantial, sintiendo tener un nuevo respiro. Llevamos viviendo mucho tiempo en Ámsterdam. Las casas aquí son algo apagadas, todo es gris. Pero no está mal, no significa que no me guste, claro que sí, ¡me encanta! Además el frío que tenemos aquí ayuda a mantener nuestra piel firme, y con este viaje a Canarias en un buen cambio, me pondré morena y mi piel lo agradecerá enormemente. Y pensándolo bien… qué suerte tienen las mujeres negras con esa piel que tienen, ellas no necesitan tomar tanto el sol.

Esta vez lo he aprobado todo así que me voy de vacaciones con total tranquilidad. Veo a mi madre feliz por ello, creo que se da cuenta de que el esfuerzo que realiza conmigo vale la pena. Intento aliviarla de alguna manera. Cuando la miro me hace sentir orgullosa de ser su hija y sueño con que algún día pueda tener el coraje y la inteligencia que tiene ella.